

Armand-Jean de Rancé: converso y reformador

III Parte*

Sobre la muerte y el legado de Rancé

Ahora consideremos el tema de la muerte. Entre 1662, año de la profesión del primer monje y 1695, año de la dimisión de Rancé, murieron allí 117 monjes: 24 en los primeros dos años siguientes a su profesión (un año después de comenzar el noviciado), incluyendo seis en el primer año; otros 32 dentro de los cinco años, resultando más o menos un 56 o 57 %. Por otro lado, 25 perduraron entre 11 y 20 años, mientras 17 perduraron más de 20 años.

Una de las cosas que he aprendido acerca de las estadísticas es que a la verdad los promedios no nos suministran mucha información; lo que importa es el término medio: el punto en que se concentran las cifras. La mortalidad más alta fue, en mucho, en los primeros dos, tres y cuatro años, cuando murieron 13, 12 y 12 monjes respectivamente. Por lo tanto casi una tercera parte del total murió en esos tres años letales.

Entre la dimisión de Rancé y su muerte cinco años más tarde, profesaron 50 monjes, que probablemente murieron en La Trapa (otros diez salieron); de ellos, 28 murieron a los dos años y 36 después de cinco. Por

* De *Cisterciam Studies Quartely* 20 (1985), 1, pp. 44-51. Traducción del P. Gilberto Moreau, oco (Monasterio Ntra. Señora de los Ángeles). Las primeras dos partes de este artículo fueron publicadas en *CuadMon* 116, pp. 42-63 y 117, pp. 228-251.

Imágenes cristianas del

CENTRO RUSSIA ECUMENICA,

para encontrar en el auténtico arte cristiano un testimonio de unidad eclesial y poder utilizar el icono cristiano como lenguaje simbólico, especialmente apto para la catequesis y la profundización espiritual.

Para solicitar el nuevo catálogo en colores y en cuatro idiomas, con más de 200 motivos de diferentes formatos (5.000 liras italianas, más gastos de franqueo), escribir a:

Centro Russia Ecumenica
Vicolo del Farinone, 30
00193 Roma
Italia

Tel. 39 (06) 68.96.637
Fax 39 (06) 68.79.355

Se hacen envíos a todo el mundo.

En Argentina, pedidos al teléfono: 54 (01) 831-7473.

lo tanto el porcentaje de mortalidad subió a 72 % en esos últimos cinco años.

En el período completo entre 1662 a 1700, profesaron 193 monjes. Veintiséis murieron en otra parte, en general en casas cistercienses que tenían un mejor índice de supervivencia. Pero hay algunos datos muy extraños. En los primeros diez años, cuando el edificio estaba todavía incompleto y la vida debió ser de lejos la más dura, sólo dos murieron sobre 32 admitidos. En los diez años siguientes, murieron 30, sobre 34 admitidos. La conclusión es ineludible: la proporción de defunciones está relacionada con el crecimiento numérico y no con el aumento o, aun, la merá presencia de austeridad. La cifra final que me convenció de esto es que en sólo 1699 —el año anterior a la muerte de Rancé— murieron 15 monjes. No hubo año en que se admitieran 15 monjes y esta cifra corresponde al doble de los que murieron en cualquier otro año.

Como yo comenzaba a ver un esquema, dispuse estas estadísticas en forma de tablas y consulté a un distinguido colega médico. Le dije: “Con sólo mirar estas estadísticas de la población total de cada año y la proporción total de defunciones, ¿es posible que la dieta, el frío, el sueño cortado, etc., causaran las defunciones?” Me respondió: “Categoricamente no. Tal régimen nunca mataría a nadie aunque, naturalmente, disminuiría la resistencia de quien se encontrara enfermo”. Le pedí opinión sobre los puntos altos y bajos, especialmente ese 15 %. Dijo que no cabe la menor duda de que eso es resultado de una infección. Simplemente porque no es posible que se dé una proporción de defunciones del 15 % en un año, especialmente cuando la máxima siguiente es sólo del 7 u 8 %, a no ser por infección.

La explicación dada cubre aquellos tres años letales —los dos, tres y cuatro primeros años— de una manera muy interesante. El médico dijo que, casi seguramente, hubo dos factores causantes de infección: en primer lugar, en aquellos días era del todo desconocida la tuberculosis y era absolutamente inevitable que hubiera agentes transmisores en cualquier población de cierto tamaño (50 ya sería un número suficiente) en la cual los individuos viven muy cerca unos de otros a lo largo de su vida. Sólo para corroborar este punto: en los reglamentos de La Trapa, se incluyen reglamentos precisos para escupir en el coro, y nadie lo consideraba extraño. Se disponía de salvaderas. Y puesto que, sin duda, la gente tenía catarro y más bien ideas bastante rudimentarias acerca de la higiene, no es difícil imaginar cómo pudo cundir la tuberculosis.

El segundo factor, que está en el mismo nivel, es que en cualquier comunidad de este tipo la fiebre tifoidea sería asimismo endémica. El punto que subrayó el médico fue que al ingresar en la comunidad, o bien el candidato adquiriría inmunidad y posiblemente llegara a ser agente transmisor o bien, por supuesto, moría al poco tiempo. La fiebre tifoidea y la tuberculosis fueron, casi con seguridad, las dos causas de muerte. Además de éstas, habría probablemente alguna forma de fiebre entérica, periódica, causada por los fuertes calores en algún verano. También los pobres que llegaban traían consigo, claro está, sus propias infecciones. Todo esto explicaría la proporción de defunciones. Esto me resulta de sumo interés. Tengo intención de tratar de correlacionar los años de mayor mortalidad en La Trapa con los años de epidemia en Francia.

Creo que vale la pena señalar que la ciencia médica, hasta bastante recientemente, desconocía tanto la tuberculosis como el caso de agentes transmisores de la fiebre tifoidea. Los conocimientos se limitaban al contagio o a la infección causados por la plaga. Creo que se estará de acuerdo con que esto arroja una luz totalmente diferente tanto sobre las razones que explican la mortalidad en La Trapa, como las reacciones en contra.

Es interesante también que los hermanos legos, que vivían en un dormitorio completamente separado y no estaban cerca de los coristas en la iglesia, tenían una mortalidad mucho más baja. En 30 años, entre 1662 y 1692, sólo 10 murieron sobre 26 admitidos. Creo que con todas estas estadísticas no se puede dudar de que lo que realmente debemos tener en cuenta es la infección. La mortalidad tenía muy poco que ver con la observancia salvo que, debido a ésta, una vez contraído el mal, el enfermo moría mucho más prontamente.

Un último punto acerca del tema de la muerte: hace falta mucha más investigación acerca de la expectativa de vida en la población en general y en otras Órdenes y casas religiosas. El libro sobre Saint-Germain al cual me he referido, señala que un monje que ingresara al monasterio con 19 a 23 años aproximadamente, tenía una expectativa de vida mucho más baja que un civil de igual edad, aun con tan buena alimentación como en aquella casa. Pero un monje que alcanzaba los 35 años tenía una expectativa de vida cada vez mayor que un civil. Así, pues, todo el asunto es realmente muy complejo.

Lo que quisiera decir es que, mientras la mortalidad en La Trapa era mucho más alta que la de las clases de las cuales provenían los monjes coristas, casi seguramente era más baja que la de los campesinos. Esto me parece ser el asunto crucial porque tanto en términos de dieta como de vida austera, la mayoría de los campesinos franceses de fines del siglo XVII llevaban una vida que era muchísimo más dura que la de La Trapa.

El legado de Rancé

No es posible leer un buen número de las cartas de Rancé sin caer en cuenta de que la muerte era su mayor preocupación, sea que escribe de la muerte en general, de la muerte de alguien que está enfermo, de alguien que ha muerto o de su propia muerte. Tampoco es posible vivir en estos nuestros fines del siglo XX sin darnos cuenta de que las actitudes frente a la muerte y al morir han cambiado enormemente en los últimos 50 años. Es por tanto esencial y difícil seguir adelante en el análisis de las estadísticas de mortalidad intentando relacionarlas con la vocación, y con el motivo de muerte en el siglo XVII.

La indiferencia hacia la propia vida no es de ninguna manera lo mismo que un deseo de morir según se lo entiende hoy. Morir por una causa no es suicidio. Al cristiano siempre se le ha enseñado que la eternidad es el hogar de lo real e inmutable, que la salvación significa habitar con Dios, fuente de todo ser, y que este mundo, aunque no sea necesariamente un valle de lágrimas, es en el mejor de los casos una etapa ineludible de nuestra peregrinación hacia Dios.

Rancé tomó literalmente el mandato: *Déjalo todo y sígueme*. Él creía que todos (y no sólo los religiosos) están equivocados al apegarse a personas o valores en una vida que es siempre perecedera. Lejos de negar el valor del amor y la amistad, lo veía realizado sólo en la eternidad, no aquí. Así, pues, consideraba la mayoría de los apegos como distracciones de nuestro verdadero fin. A este respecto, compartía la común perspectiva agustiniana y también la de los estoicos que, de todas las filosofías anti-guas, había llegado a ser la preferida a partir del renacimiento del siglo XVI.

De este modo, la breve respuesta a la pregunta "¿qué es lo que hacía que los hombres acudieran a La Trapa a pesar de la mortalidad notoria-

mente alta?" es, definitivamente, que creían mejorar sus esperanzas de salvación amando y sirviendo a Dios exclusivamente de una manera y en un lugar donde todo era preparación para la eternidad.

Sería del todo equivocado considerar esta afirmación como una frase teológica abstracta o una perogrullada piadosa. El juicio y la salvación eran intensamente reales para casi todos en el siglo XVII. El tema constante de la literatura a lo largo del siglo es la antítesis entre apariencias y realidad, *être et paraître*. En términos filosóficos, el mundo cambiante de lo contingente en contraste con los valores fijos de un mundo ideal, definido por la razón o la fe. El único punto aducido en favor de la mitigaciones a la regla es que mejoraban la salud, la calidad de vida y de este modo prolongaban la vida misma. Nadie afirmaba que eran buenas en sí mismas. Pero Rancé se preguntó explícitamente: "¿A qué viene diferir así la entrada en un mundo mejor?"

En una carta a un celestino, cuya salud no le había permitido quedarse en La Trapa, Rancé está de acuerdo con que los otros cuatro o cinco celestinos que habían venido con él y permanecieron ya habían muerto, y que probablemente hubieran vivido más tiempo bajo un régimen menos severo, pero comenta que ellos ahora disfrutaban del descanso eterno.

Cartas a amigos acerca de la enfermedad y de la aflicción por la muerte de alguien muestran que no era en absoluto insensible y que se dolía personalmente por esa su propia pérdida, pero siempre reconocía que los difuntos se encontraban en mejores condiciones. Cuando alguien, religioso o no, estaba enfermo, oraba por su restablecimiento, pero tomaba en serio sus prioridades. Lo que importaba era ser salvado, no ser eximido.

En cuanto al verdadero monje o solitario, se había comprometido por votos a dejar el mundo. Para Rancé esto significaba dejar absolutamente de lado toda inquietud por la salud y hasta por la vida en la tierra.

En ninguna parte se demuestra mejor el celo pastoral de Rancé que en sus explicaciones sobre las circunstancias de la muerte de sus monjes. Dado que esos relatos asumen determinado estilo literario y deben mucho a los convencionalismos retóricos de la época, y dado también que, aunque de mala gana, él consintió en publicarlos, revistieron inevitablemente un cierto aspecto de ejercicio de informes públicos; sin embargo muy a propósito siempre son recalculadas la alegría y la serenidad y aun el ansia con

que un monje expira, como también lo es el consuelo que da a la comunidad reunida de pie a su alrededor.

Las únicas exequias trapenses a las que asistí en mi vida eran de tal belleza y serenidad que, aun como persona de afuera, pude constatar cuán importante es la última despedida para los que quedan. En una de mis visitas a La Trapa, uno de los monjes más ancianos había muerto sólo dos días antes y en la misa de la primera mañana de mi estadía fue colocado en un féretro abierto en el santuario; después de la misa, todos fuimos en procesión por el claustro hasta el cementerio mientras el sol se abría paso a través de la niebla temprana, y lo depositaron en la tumba abierta.

No creo haber asistido nunca a una ceremonia religiosa de tan apacible y pura serenidad. Y creo que por primera vez comprendí el enigma de Rancé.

Para Rancé y sus monjes la muerte era una meta positiva, a la que se daba la bienvenida con regocijo; no era aceptada con resignación pasiva. En el siglo XVII, los acontecimientos ordinarios de la vida, la incompetencia médica, la muerte violenta en la guerra y las frecuentes ejecuciones públicas hacían que la presencia de la muerte fuese constante para todos. La idea de "Céspedes en el Bosque"¹ en el siglo XVII es tan grotesca que la gente ni siquiera podría entender de qué se trata. Lo mismo vale para la necesidad de soportar el dolor. Quizás la mejor manera de corregir los comentarios anacrónicos acerca de masoquismo es pensar cómo se vive en algunos de los países del tercer mundo hoy.

Esto conduce, naturalmente, al lado positivo del legado de Rancé: el tipo de heroísmo que mostraba y alentaba. La primera mitad del siglo XVII manifestaba un vivo pero exagerado culto al héroe en la literatura y en la vida —siempre bajo la forma de un individuo que persigue como finalidad, la gloria, la cual podría muy bien ser alcanzada en el martirio cristiano. Nada más extraño al pensamiento de Rancé que el culto a la personalidad, pero sí transfería la idea de hacer actos heroicos, por decirlo así, a la gloria de Dios: *non nobis Domine*. Esta gloria fue servida por la comunidad entera y, a través de la comunidad, por todo el monacato. A menudo hablaba de fama y alabanza como peligros a evitar, e igualmente negaba

¹ ¿Cementerios parque? N. del T.

que la vida en La Trapa fuese de alguna manera extraordinaria. Pero, sin embargo, es verdad que aun en la oscuridad colectiva anónima, quería que su abadía siguiera después de su muerte siendo fiel a lo que había sido alcanzado.

Lo distintivo del héroe o mártir secular es su prontitud en ir a la muerte por su ideal: honor, patriotismo, fe, o lo que sea y, al actuar así, no calcular el costo. La razón misma de la regla singularmente estricta de La Trapa era el rehusar la aceptación de las componendas representadas por mitigaciones, que son precisamente maneras de calcular el costo. El sacrificio total, el holocausto exigido al monje era realizado al menos en La Trapa. Y aunque Rancé rechazara totalmente para sí mismo y para sus monjes el concepto de heroísmo reinante, sin embargo esa es la realidad. La santidad y los deberes de la vida monástica son heroicos —llámeseles así o no— en la formulación de Rancé, y no así en la mayoría de las casas de su tiempo, como es fácil demostrar.

El corolario del excepcional nivel mantenido en La Trapa es que la norma o el término medio corriente era no-heroico o antiheroico. Muchas casas eran ciertamente casas de oración y devoción pero el nivel de vocación y observancia eran en su totalidad de mediocre a pobre. Aun en las florecientes congregaciones reformadas como los mauristas, quedaban los anticuados. Y cientos de las así llamadas abadía de dos o tres monjes con un superior ausente no pudieron ser, aun queriéndolo, objetos de edificación.

Aparte de la gran competición de las nuevas Órdenes activas, como los jesuitas, lazaristas, oratorianos, hermanos dedicados a la enseñanza, etc., las Órdenes monásticas propiamente dichas no podían reavivar el espíritu de su fundador, salvo en algunas pocas casas y por cierto tiempo. Es enteramente falso decir que la disputa entre la estricta observancia y la común observancia cistercienses —o disputas parecidas en otras Órdenes— tenían que ver sólo o primariamente con la dieta. El verdadero punto en cuestión eran las actitudes básicas acerca de la vida monástica.

El escándalo era poco común en la Orden cisterciense y probablemente la disciplina adecuada para impedirlo. Pero en una época en que la vida religiosa era, para tantos hombres y mujeres, cosa común y corriente y hasta necesaria porque su familia no los podía mantener, en vez de asunto de vocación, aun casas buenas ofrecían una vida decente y confortable en

comparación con la de afuera, en vez de una vida con exigencias de tipo moral o espiritual.

Recordemos que el celibato ofrecía la exención de responsabilidades familiares fastidiosas, así como una privación afectiva. La pobreza significaba un hogar asegurado y la subsistencia de por vida, a menudo con una buena cantidad de dinero para libros y otras cosas extras, así como la renuncia legal a la propiedad. De la obediencia y la estabilidad, lo menos que se puede decir es que recibieron interpretaciones muy amplias. Muchos hombres y mujeres religiosos del siglo XVII no hacían más que acomodar su vida cotidiana a un costo mínimo de devoción o de abnegación.

Lo que Rancé comprobó en La Trapa a pesar del escepticismo inicial de superiores más experimentados, fue que el llamado original a la abnegación total, el reto de lo absoluto latente tras toda reforma monástica a lo largo de los siglos, es un llamado que una constante corriente de hombres, ancianos y jóvenes, ansían tomar en consideración. La verdadera penitencia espiritual y la mortificación de la carne eran excepcionales en un época en la cual la vida monástica en su mayor parte era mera rutina.

Antes de que el jansenismo hubiera sido siquiera inventado, la súbita imposición de los reglamentos de clausura en Port-Royal, en 1608, causó furor. Nadie tomó en serio a monjas que súbitamente impusieron su regla. Setenta u ochenta años más tarde, el impecable convento de la Anunciación, donde estaba la hermana de Rancé, sufrió una fuerte y continua presión para aflojar la estricta regla de clausura. Fue necesaria la fuerza de voluntad del todo excepcional de alguien como Rancé para establecer una regla y luego lograr que se la respete con obediencia escrupulosa. En un mundo donde la presión social y económica, como también la costumbre, requerían una gran población de religiosos, no era mal visto llevar sólo una vida sosegadamente pfa, dar buen ejemplo, ser un buen propietario. Pero tampoco era fuente de inspiración.

En tiempos de Rancé, el escepticismo y el materialismo habían sucedido a los horrores de una guerra civil de treinta años, que terminó recién en 1594, y era urgente la necesidad de un desafío. En tiempos de guerra, las unidades militares selectas dependen de un adiestramiento arduo y reciben de éste un *esprit de corps* (un espíritu de cuerpo) desconocido por la masa de los soldados. De igual manera, Rancé veía el mundo como un campo de batalla y, por lo tanto, al enemigo sin ninguna compasión. Él

ofrecía a sus monjes una rutina monótona, abrumadora, sin interrupción, una cierta incomodidad y un anonimato total hasta que, quizás, la muerte revelara que ese constante servicio era ejemplo para los demás. Pero les prometía que al final serían reconocidos por un Maestro cuya cruz habían llevado con alegría.

Hoy en día, en nuestra era poscristiana, hay menos vocaciones y no hay lugar para gente de paso en la vida religiosa. La profusa floración y renovación de la vida monástica en el siglo XIX, con sus fuertes connotaciones de romanticismo y nostalgia medieval, es el tronco sobre el cual sigue floreciendo la vida monástica presente. Pero el pasado victoriano inevitablemente distorcionó la justa interpretación de una herencia monástica de más de quinientos años. Sólo un especialista puede hasta cierto punto recrear el clima y los valores de una edad remota.

Pero si Rancé, a su muerte en 1700, dejó una comunidad lo bastante fuerte como para poder sobrevivir hasta la revolución de 1789, con un número de monjes igualado sólo por Claraval y el Císter; lo bastante fuerte como para poder emprender la asombrosa odisea que los trajo de vuelta después de un cuarto de siglo bajo el mismo líder; lo bastante fuerte como para servir de inspiración a la vasta expansión trapense del siglo XIX, entonces las verdades y los ideales transmitidos por él no pueden volverse anticuados, como ha sucedido con tantas costumbres. La fe que guardó y transmitió es algo sobre lo cual vale la pena detenerse a pensar.

A partir del Vaticano II, Rancé parece más lejano y extraño que nunca. Palabras como pecado, penitencia, condenación, aun amor propio, ya no tienen la misma resonancia que tenían todavía en mi juventud.

Es justo que volvamos constantemente a nuestras fuentes: todos los cristianos a su Biblia; los monjes a su regla y a sus fundadores. Durante décadas, una cierta visión del mundo y del hombre, y de la vocación monástica, se impuso indiscriminadamente sobre candidatos cuyo temperamento y antecedentes no respondían a ella. Demasiado fácilmente se olvida que la estricta observancia, la reforma de La Trapa, y luego la versión de la misma que llegó a ser mundial en el siglo XIX, son ya esencialmente francesas, tal como no parece ser —ni lo podía ser— San Bernardo (siglo XII).

La obra publicada que dejó Rancé sobrevive sólo en el aislamiento. Después de casi tres siglos de hagiografía, ahora tiene que luchar contra la

negligencia o algo peor. Todos conocemos o nos hemos enterado de héroes guerreros que en tiempos de paz se tornan "pesados". Pero podría valer la pena preguntarnos si, a pesar de todas sus faltas, exageraciones y limitaciones históricas, el tipo de heroísmo monástico predicado y practicado por Rancé y sus monjes no contiene todavía hoy una lección para los cristianos situados en Polonia o China, o aun para nosotros.

Quisiera concluir con una cita del mayor historiador monástico de mi tiempo, David Knowles:

Si un instituto religioso no invita a la más alta perfección a los que ingresan en él y no les brinda al mismo tiempo la doctrina y disciplina sin las cuales, normalmente, no se puede responder a esa invitación, tiene que ser declarado un fracaso. Y si un monje, en sus años de madurez, no vive en espíritu apartado del mundo, y con todas sus potencias dedicado al amor de Dios, tiene que ser declarado infiel, en mayor o menor grado, a su profesión. (Última página de *La Orden monástica en Inglaterra*, Cambridge University Press, 1949.)

*Christ Church
Oxford OXI 1DP
Inglaterra*